





William Kent Krueger

# EL SUSURRO DEL WÉNDIGO

Traducción de Nicolás de Kobbe



ediciones Pàmies

Título original: *Iron Lake*

Primera edición: enero de 2008

© 1998 by William Kent Krueger

© de la traducción: Nicolás de Kobbe, 2007

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies  
Carlos Alonso, editor  
C/ Monteverde, 11  
28042 Madrid  
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-08-9

Diseño de la cubierta: Javier Perea  
Foto de cubierta: Ingemar Aourell- Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

## PRÓLOGO

Cork O'Connor oyó hablar por primera vez del Wéndigo en otoño de 1965, cuando cazó aquel gran oso con Sam Luna de Invierno. Tenía catorce años y hacía uno que su padre había muerto.

Sam Luna de Invierno había puesto una trampa para osos aquel otoño en un camino de ciervos que discurría desde el arroyo que llamaban el Regato de la Viuda hasta una zona talada cubierta de arándanos. Había encontrado heces en el arroyo, a lo largo del sendero y en el arandanal cuando las bayas estaban maduras. La trampa estaba hecha como en los viejos tiempos. Contra un árbol, Sam construyó un estrecho pasillo de ramas con una sola abertura. Por encima de la entrada colgó un pesado tronco amarrado a una vara flexible. Como cebo puso un puré de pescado cocido, aceites de pescado y un poco de sirope de arce. Era la primera vez que Sam construía una trampa para osos —una tradición ojibwe ya casi perdida— y había invitado a Cork a que le ayudara en esta labor. A Cork no le interesaba en absoluto. Desde la muerte de su padre nada le interesaba. Imaginaba que la invitación de Sam no tenía nada que ver con que los dos aprendieran juntos las viejas tradiciones. Era simplemente un gesto bienintencionado más para hacerle olvidar su pena, algo que Corcoran O'Connor no deseaba. De alguna manera, temía que desprenderse de su pesar significara desprenderse de su padre para siempre. Aún así, por cortesía, aceptó la oferta de Sam Luna de Invierno.

A última hora de la tarde vieron que la trampa había saltado pero el oso no estaba dentro. Podían ver claramente dónde había caído el animal, aplastado por el peso del grueso tronco, que cuando lo habían arrastrado y colocado Sam calculó que pesaría más de ciento cincuenta kilos. El tronco tendría que haberle roto la espalda. Cualquier oso negro normal habría quedado ahí, aprisionado por el tronco, muerto o moribundo. Pero este oso se lo había sacudido de la espalda como si tal cosa.

Sam Luna de Invierno miró al chico con gesto grave y le dijo:

—Supongo que estará herido, tengo que ir tras él.

—Un oso como ese —dijo Cork—, un oso que aguanta que le rebote un tronco en la espalda, debe de valer la pena verlo.

Sam Luna de Invierno se arrodilló y pasó la mano por la profunda impronta que habían dejado las patas del animal en la tierra mullida.

—Es arriesgado —dijo. Levantó la mirada hacia el muchacho—. Si vienes, tienes que hacer exactamente lo que yo te diga.

—Lo haré —prometió Cork, sintiéndose entusiasmado con algo por primera vez en un año—. Al pie de la letra.

Ayunaron el resto de día e inhalaron el humo de una hoguera de cedro. La mañana siguiente, con la luz del alba, se tizaron el rostro con las cenizas de cedro, una señal para los espíritus de las profundidades del bosque de que se habían purificado. Sam se recogió sus largos cabellos negros y grises con un cordón de cuero adornado con una sola pluma de águila. Fumaron tabaco y hojas de sauce rojo mezcladas con raíz de aster molida para propiciar la caza, y luego se untaron con un sebo hecho de la grasa de varios animales para disfrazar su olor. Sam se colgó a la espalda un pequeño macuto de piel de ciervo en el que metió más sebo, cerillas, una piedra de afilar y una caja de cartuchos de 180 perdigones para su rifle. Miró los cartuchos con un gesto un tanto dudoso. Lo que él tenía era un Winchester de cerrojo del calibre 30-06. Más que suficiente para ciervos y osos pequeños, le dijo a Cork. Pero un oso como el que estaban buscando, un oso que podía sacudirse de la espalda el tronco de un árbol, eso ya era otra cosa. Entregó a Cork un petate de lona con sacos de dormir, utensilios de cocina, arroz salvaje cocido, café, sal y cecina de ciervo. Por último metió varios cordones largos de cuero para que, si se hacían con el oso, pudieran atarlo a una rastra y transportarlo hasta una carretera donde recogerlo después con su camioneta. Se colgó del cinturón su machete de caza Green River y se echó el rifle al hombro.

Describieron un círculo en torno a la trampa, buscando cualquier rastro de vegetación aplastada por el oso a su paso. Sam encontró una señal, una línea claramente marcada de hojas caídas de abedul hundidas en la tierra mullida, y avanzaron hacia el norte por el camino que había seguido el oso.

Cada otoño Sam Luna de Invierno mataba un oso. La carne ahumada del animal la compartía con otras personas de la reserva del lago de Hierro, especialmente los ancianos que ya no podían cazar ni poner trampas pero que aún apreciaban el sabor de esa carne grasa y succulenta. También compartía la carne con la familia de Cork. Su madre era mitad anishinaabe, y su padre, aunque blanco, había sido amigo de Sam durante muchos años. Aunque a veces las vendía, Sam normalmente se quedaba con las pieles. Les estaba agradecido a los osos negros por la carne que

les daban a él y a su gente, pero le dijo a Cork, mientras seguían el rastro del oso ese otoño, que estaría agradecido si al menos pudiera atisbar a ese gran animal que se había sacudido el tronco de la trampa como un pequeño estorbo.

Los osos, le advirtió Sam, eran los animales más difíciles de rastrear y cazar de todo el bosque. Tenían bastante buena vista, oído fino y mejor olfato que cualquier animal. Además, eran inteligentes. Y si estaban heridos, no había cosa más peligrosa a la que pudiera enfrentarse un hombre. Le apasionaba dar caza a los osos. Se identificaba plenamente con el ritual de la caza que unía a cazador y cazado con la tierra, madre del hombre y del oso. Le gustaba el desafío del rastreo, en el que había de valerse de sus propios conocimientos del animal y del bosque, en vez de cazar con perros como lo hacían los hombres blancos.

Sam se detenía de vez en cuando para estudiar atentamente la tierra mullida o la vegetación. Cerca del mediodía encontraron un tocón donde el oso había escarbado buscando gusanos, y después una rama que había arrancado de un roble para coger las bellotas.

El cielo era azul, límpido, el aire fresco e inmóvil, el extenso bosque estaba inundado de los tonos rojizos y dorados del otoño tardío. Avanzaban con rapidez y Cork se sentía excitado. Su estómago rugía con fuerza a causa del ayuno y sus pisadas hacían susurrar las hojas. Sam le dijo que no se preocupara demasiado por no hacer ruido. Un oso, especialmente uno grande, no presta demasiada atención a los ruidos. El olor de un hombre, eso era lo que había que evitar que le llegara a un oso. Sam tenía la esperanza de que pudieran acercarse al animal con el viento en contra. Si no, esperaba que el sebo enmascarase su olor.

Era ya bien entrada la tarde. Cork se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban dentro del gran bosque. Preguntó a Sam si conocía esos parajes, y Sam le respondió que no. Habían salido de la reserva y ahora se encontraban en lo que los hombres blancos llamaban parque natural de Quetico Superior. Sam nunca había atravesado esta parte del bosque, pero no parecía preocupado. Al ponerse el sol se detuvieron y encendieron una hoguera junto a un arroyo. Sam calentó el arroz salvaje, que comieron con la cecina de ciervo. Cuando el cielo se oscureció y se llenó de estrellas y cayó sobre ellos el relente, preparó café y lo echó en tazas de metal.

—¿No escapará el oso mientras dormimos? —preguntó Cork.

Sam asentó la vieja cafetera sobre las ascuas al borde de la hoguera. Atizó el fuego con un palo.

—También se ha echado a dormir. Hoy se nos ha dado bien el rastreo. Creo que es una buena señal. —Hizo una pausa mientras las llamas brotaban alrededor de la punta del palo—. Pero, ¿sabes? He estado pensando. Este oso se mueve bastante bien. No parece que el tronco le haya hecho mucho daño después de todo. Un oso como ese, bueno... —miró al muchacho—, he estado pensando que sería una pena matarlo, incluso si fuéramos capaces.

—A mí me gustaría verlo —dijo Cork

—A mí también —sonrió Sam—. Y creo que lo veremos.

De repente la vieja cafetera dio un brinco y se deslizó por las ascuas, sobresaltando a Cork, que dio un respingo y derramó su café.

Sam Luna de Invierno miró en torno a ellos, y luego arriba hacia el cielo. Su voz se hizo un susurro:

—Está pasando un Wéndigo cerca de aquí.

Cork se restregó la pierna donde el café le había quemado a través de los vaqueros.

—¿Qué es un Wéndigo?

A la luz de la hoguera, los ojos oscuros de Sam Luna de Invierno irradiaban absoluta seriedad y un poco de miedo.

—¿No has oído hablar de los Wéndigos? —le preguntó al chico—. ¿Has vivido toda tu vida en estas tierras y no has oído hablar de los Wéndigos? —Sacudió la cabeza, como si fuera una auténtica vergüenza.

Corcoran O'Connor permanecía sentado al otro lado de la hoguera, mirando fijamente a la cafetera renegrida que unos momentos antes había saltado y golpeteado contra las ascuas sin que hubiera una mano humana cerca.

—Supongo —dijo Sam Luna de Invierno, mirando cautelosamente a la cafetera—, que debería contártelo entonces. Por tu propio bien. —Miró otra vez con cuidado el cielo y las estrellas, y siguió hablando con voz queda—. Un Wéndigo es un gigante, un ogro con el corazón de hielo. Un caníbal, un ser frío y hambriento que sale del bosque para devorar la carne de hombres y mujeres. De niños también, le da igual.

—¿Viene por nosotros? —Cork escrutaba las sombras que bailaban al borde de la luz de la hoguera.

—Tal y como yo lo veo, si un Wéndigo viene por ti, lo presientes claramente.

—¿Se puede luchar contra él?

—Sí, claro. Incluso puedes matarlo.

—¿Cómo?

—El Wéndigo es un ser muy poderoso, y que yo sepa sólo hay una manera. —La ceniza ritual de la mañana se había borrado de las partes lisas de la cara de Sam, pero todavía ennegrecía los surcos y líneas de su rostro, de tal manera que a la luz de la hoguera parecía un hombre ensamblado con piezas—. Tienes que convertirte tú también en un Wéndigo. Hay una magia para eso. Seguramente Henry Meloux conoce la magia. Pero has de tener cuidado, porque aunque mates al Wéndigo sigues corriendo peligro.

—¿Qué peligro?

—El de quedarte como un Wéndigo para siempre. De convertirte en el ogro al que mataste. Así que hay que estar preparado. Contar con la ayuda necesaria después de matarle. Tiene que haber alguien ahí con sebo caliente listo para que te lo bebas y que derrita el hielo que llevas dentro, para reducirte otra vez al tamaño de los demás hombres.

—Espero no encontrarme nunca con un Wéndigo —dijo Cork, con la mirada fija en el viejo puchero de café.

—Yo también lo espero —asintió Sam.

Cork se quedó callado un momento mientras el fuego crepitaba y resallaba, elevando una columna de humo y pavesas incandescentes hacia la oscuridad.

—Eso no es más que un cuento, ¿verdad?

Sam lió un cigarrillo y meditó la pregunta mientras pegaba el papel con la lengua.

—Puede, pero en estos bosques es mejor creer en todas las posibilidades. En estos bosques hay más de lo que un hombre podría alcanzar a ver jamás con sus ojos, mucho más de lo que podría pretender comprender en toda su vida.

A pesar del cansancio, Cork permaneció largo tiempo despierto junto a la hoguera mientras Sam fumaba y le contaba cosas sobre su padre. Algunas de las historias les hacían reír a los dos. Esa noche, arrebuado en su saco, Cork pensó en el enorme oso al que andaban siguiendo. Se alegraba de que Sam hubiera desistido de su intención de matarlo, pero esperaba que al menos pudieran verlo. Pensó también en el Wéndigo, al que prefería no llegar a ver. Y pensó en su padre, a quien nunca más volvería a ver. Todas esas partes de su vida, aunque separadas, estaban entrelazadas como las raíces de un árbol. Recordaría toda su vida la caza del oso con Sam Luna de Invierno. De alguna manera que no alcanzaba a comprender, la caza había abierto en él un canal para que fluyera el dolor. Durante toda su vida se lo agradecería al amigo de su padre.

Sin embargo, habrían de pasar treinta años antes de que tuviera motivos para recordar al Wéndigo. Treinta años hasta que le oyera pronunciar su nombre.

Durante una semana la sensación no le había abandonado, y todo ese tiempo el joven Paul LeBeau había sentido miedo. No sabría decir exactamente a qué. Siempre que intentaba ponerle nombre a su miedo, se le escapaba de la mente como una gota de mercurio. Pero sabía que, fuera lo que fuese lo que se avecinaba, iba a ser malo, porque la sensación que tenía era exactamente igual que la terrible espera antes de que desapareciera su padre. Todos los días desplegaba todos sus sentidos, intentando percibir lo que se avecinaba. Así que finalmente, aquella mañana de mediados de diciembre, cuando el horizonte se cubrió de nubes densas y negras como el humo, y el viento ululaba entre los pinos y los alerces, y la nieve empezó a caer con fuerza, Paul LeBeau miró por la ventana de su clase de álgebra y pensó, esperanzado, que quizá sólo fuera eso.

Poco después de la hora de comer llegó la noticia de que iban a cerrar el colegio. Los alumnos se pusieron rápidamente los abrigos y se echaron al hombro las mochilas, y a los pocos minutos los autobuses amarillos ya se ponían en camino por carreteras que amenazaban con desaparecer delante de ellos.

Paul salió de la escuela secundaria de Aurora y caminó hacia su casa, inclinado todo el camino contra la fuerza de la tormenta. Se cambió de ropa, se calzó sus botas Sorel, cogió cinco dólares de la cajita de su cómoda y le dejó a su madre una nota, fijada con un imán de mariposa, en la puerta de la nevera. Descolgó el macuto de lona de su gancho en el garaje y se encaminó al buzón de recogida. A las dos y media ya había cargado los periódicos y estaba listo para empezar la ronda.

Tenía dos rutas de reparto de periódicos que sumaban casi dos millas y media. Empezaba por la pequeña zona comercial de Aurora y terminaba justo en el límite de la población, en el camino de North Point. A sus catorce años era más grande que la mayoría de los chicos de su edad, y muy fuerte. Si se daba prisa, podía hacer todo el recorrido en algo menos de hora y media. Pero supo que ese día iba a ser distinto. La nieve se había ido acumulando a razón de más de tres centímetros cada hora

y el viento gélido que soplaba desde Canadá la desplazaba de un lado para otro.

Se había puesto a repartir periódicos cuando su padre empezó a beber más de la cuenta y su madre necesitaba dinero. La entrega de los periódicos, especialmente en días como éste, en los que parecía imposible llevarla a cabo, era una responsabilidad que él se tomaba muy en serio. A decir verdad, le encantaban las tormentas. La potencia del viento y la energía incesante de la nieve al desplazarse por el suelo despertaban en él una especie de euforia. Donde otro chico no habría visto más que la dura tarea que tenía por delante, Paul veía un reto. Se sentía orgulloso de su capacidad de luchar contra estos elementos, caminando medio hundido en la nieve, inclinándose contra el fuerte viento para concluir la tarea que se le había encomendado.

Era un Scout de los Águilas, de la orden de la Flecha, miembro de la tropa 135 de la iglesia católica de Saint Agnes. Había adquirido cientos de habilidades. Sabía encender un fuego con yesca y pedernal, acertar con una flecha en el centro de la diana a treinta metros de distancia, hacer un as de guía, un nudo margarita, un nudo corredizo, anudar un puente de cuerda capaz de aguantar el peso de varios hombres. Sabía tratar a una persona en estado de shock, ahogamiento, parada cardíaca o insolación. Se tomaba al pie de la letra el lema “Estar preparados”, y a menudo, mientras caminaba en sus rutas de reparto de periódicos, se imaginaba situaciones catastróficas en Aurora que le permitirían lucir todas sus habilidades ocultas.

Cuando le quedaba poco para terminar el reparto, vio que ya se habían encendido las luces en las casas a lo largo del camino. Estaba cansado. Le dolían los hombros de cargar con los periódicos y le pesaban las piernas de caminar con la nieve hasta las rodillas. La última casa de su ruta estaba al final del camino de North Point, un brazo de tierra cubierto de pinos que se adentraba en el lago de Hierro, bordeado de viviendas lujosas. La última casa, la más aislada de todas, pertenecía al juez Robert Parrant.

El juez era un hombre mayor de tez pálida, facciones marcadas, manos huesudas y mirada penetrante. Por miedo, Paul le trataba con gran deferencia. Siempre dejaba el periódico del juez colocado entre la contrapuerta y la pesada puerta de madera de la casa, bien resguardado de las inclemencias. Cuando Paul pasaba cada mes a cobrar, el juez le recompensaba con una generosa propina y más historias de política de las que Paul hubiera preferido escuchar.

La casa del juez estaba casi en total oscuridad, y sólo el resplandor del fuego de la chimenea iluminaba las cortinas del salón. Con el último periódico en la mano, Paul recorrió, entre cedros cargados de nieve, el largo camino de acceso a la casa. Abrió la contrapuerta, formando un pequeño arco despejado de nieve bajo el porche, y vio que la puerta principal de la casa estaba ligeramente entreabierta. Se oía gemir el viento gélido al entrar en la casa. Al llevar la mano a la puerta para cerrarla, oyó la detonación de un arma de fuego de gran calibre en el interior de la vivienda.

Volvió a entreabrir la puerta.

—¿Juez Parrant? —gritó—. ¿Está usted bien?

Tras titubear un momento, entró en la casa.

Paul había estado dentro muchas veces por invitación del juez. Nunca le gustaba. Se trataba de una enorme vivienda de dos pisos construida en piedra arenisca de Minnesota. Las paredes estaban revestidas de roble oscuro, las ventanas eran de cristal con marcos de plomo. Una inmensa chimenea dominaba el salón, y las paredes estaban cubiertas de trofeos de caza, cabezas de ciervos, antílopes y osos cuyos ojos invidentes parecían seguir a Paul siempre que el juez le invitaba a entrar.

La casa olía a humo de manzano. El repentino restallar de un tronco en la chimenea le sobresaltó.

—¿Juez Parrant? —probó de nuevo.

Sabía que quizá debiera salir y cerrar la puerta tras de sí. Pero había oído un disparo, y ahora sentía algo en la quietud de la casa a lo que no podía dar la espalda, una especie de responsabilidad. La puerta, abierta ahora de par en par, dejaba entrar el viento a su espalda. Bajó la mirada y observó los tentáculos de nieve que se desplazaban por el suelo de madera y se arremolinaban en torno a sus botas como seres vivos. Sabía que había sucedido algo terrible, tenía la absoluta certeza.

Quizá se habría dado la vuelta y salido corriendo si no hubiera visto la sangre. Un oscuro resplandor sobre el suelo de madera al pie de la escalera. Se adelantó lentamente, se arrodilló y tocó el pequeño charco oscuro con la punta de los dedos, confirmando su color a la luz de la chimenea. Había un rastro de sangre que venía del pasillo a su izquierda.

Le vinieron a la mente las ilustraciones de su manual de primeros auxilios, que mostraban una hemorragia arterial y cómo aplicar presión directa o hacer un torniquete. Había ensayado esas técnicas cientos de veces, aunque sin llegar a creer que alguna vez las llegaría a poner en práctica. Se dio cuenta de que deseaba desesperadamente que el juez no

estuviera gravemente herido y sintió un atisbo de pánico ante la perspectiva de tener que salvar una vida.

El rastro de sangre llevaba a una puerta cerrada bajo la que se veía una tenue rendija de luz.

—¿Juez Parrant? —llamó cautelosamente, inclinándose junto a la puerta.

Se resistía a entrar sin permiso, pero cuando por fin giró el pomo de la puerta y se asomó al umbral, se encontró ante un estudio forrado de estanterías con libros. Contra la pared del fondo había un escritorio de madera oscura con una lámpara. La lámpara encendida daba una luz tenue y la habitación estaba cargada de sombras. Sobre la pared, justo detrás de la mesa, había colgado un mapa de Minnesota. Y por el mapa caían hilillos rojos que asemejaban ríos rojos fluyendo desde salpicaduras rojas como rojos lagos. Detrás del escritorio había una silla volcada, y tendido en el suelo junto a la silla estaba el juez.

El miedo se le metió hasta las entrañas y le flaqueaban las piernas, pero se obligó a avanzar. Al acercarse al escritorio y ver más claramente al juez se olvidó por completo de la técnica del torniquete. No había dónde hacerle un torniquete a un hombre al que le faltaba la mayor parte de la cabeza.

Durante unos momentos se vio incapaz de moverse. Estaba paralizado, incapaz de pensar mientras contemplaba los despojos ensangrentados del cerebro del juez, rosados como trozos de sandía fresca. Paul ni siquiera se movió al oír a sus espaldas el suave sonido de la puerta al cerrarse. Por fin consiguió apartar la mirada del hombre muerto, justo a tiempo para ver la segunda cosa esa noche para la que su entrenamiento como Scout no le podía haber preparado.